

POEMAS DEL MAR



Puerto de la Bahía de Cádiz

Autoridad Portuaria de la Bahía de Cádiz



Nuestro agradecimiento a autores, herederos,
fundaciones, editoriales y agentes literarios por su
colaboración en la edición de esta obra.

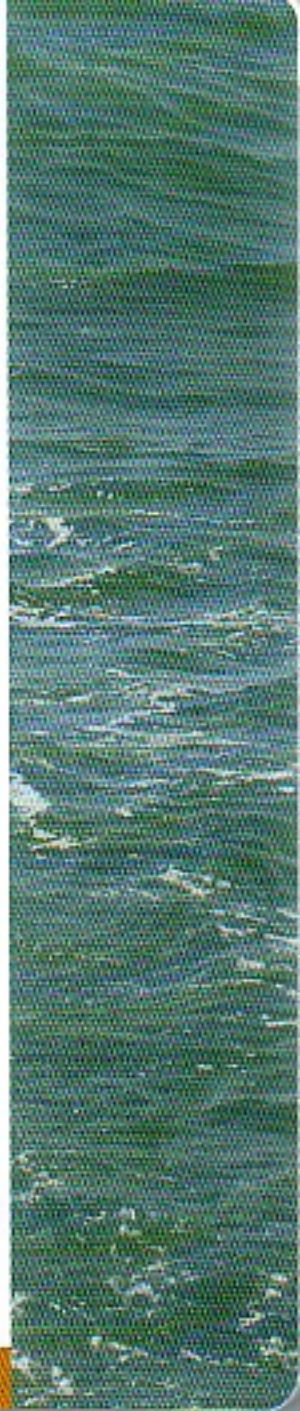
POEMAS DEL MAR



Puerto de la Bahía de Cádiz

Asociación Portuaria de la Bahía de Cádiz

EDICIÓN NO VENAL CON MOTIVO DE LA ESCALA
EN CÁDIZ DE LA REGATA TALL SHIPS' RACE 2006



POEMAS
DEL MAR



©2006, De los autores

Edita
PUERTO DE LA BAHÍA DE CÁDIZ
AUTORIDAD PORTUARIA DE LA BAHÍA DE CÁDIZ

Idea y selección de textos
JOSEFINA JUNQUERA

Fotografías
JULIO CASTELLANO

Diseño
ANTONIO GALINDO

Imprime
FOTOCROMÍA

Primera edición
CÁDIZ, JULIO DE 2006

Depósito legal
CA-497/06

IMPRESO EN ESPAÑA, CE
PRINTED IN SPAIN, EC

*Soñé que el mar era una sola palabra,
y que yo debía pronunciar un millón de sílabas.*

Fernando del Paso





PRÓLOGO

Cádiz, julio de 2006

Pocas realidades existen más versátiles que el mar, que cambia de color y de textura, que se enfurece y se amansa, que viene y que va, que crece y que mengua, que nos lleva y nos trae, que acoge vida y la arrebatata, que amedrenta y enamora.

Imbuída por este arrebatato transparente, Cádiz se mira cada mañana al despertarse en el espejo de agua que la rodea y se acicala unas veces con la espuma blanca de las olas y otras se despeina con el viento de Levante.





El idilio de Cádiz con el mar es tan antiguo como su propia historia, que presume de ser la ciudad más antigua de Occidente. Por mar llegó y se fue el esplendor de una urbe marinera y mercantil, que tres mil años después, no pierde de vista sus orígenes comerciales vinculados al tráfico marítimo.

El tándem formado por Cádiz y el mar ha seducido a propios y extraños, entre ellos a poetas de todos los tiempos, de cuyas obras les presentamos en este libro los poemas más emblemáticos.

Queremos aprovechar vuestro paso por el Puerto de la Bahía de Cádiz con motivo de la escala de la Regata del 50º Aniversario de la Tall Ships' Races 2006 para ofrecer os la cara más poética de la actividad marítimo portuaria, acostumbrada a usar estadísticas de tráfico en lugar de versos y a hablar de graneles y mercancías sin recurrir a rimas ni metáforas.



De la misma forma que hemos cambiado los buques de mercancías y pasajeros y los barcos pesqueros por veleros durante los cuatro días que dura este evento, hacemos un trueque de contenedores de mercancías por contenido poético y de cruceros por un periplo a través de los versos.

Os dejo ya que os hagáis a la mar.
Feliz travesía.

Rafael Barra Sanz

*Presidente de la
Autoridad Portuaria de la Bahía de Cádiz*




POEMAS
DEL MAR

I

Siglos
XIII al XV





MARTÍN CÓDAX
MESTER DE CLERECÍA
JORGE MANRIQUE
ROMANCERO VIEJO
GIL VICENTE

Ondas do mar de Vigo
se vistes meu amigo?
E, aí Deus! se verrá cedo?

Ondas do mar levado,
se vistes meu amado?
E, aí Deus! se verrá cedo?

Se vistes meu amigo
o por que eu sospiro?
E, aí Deus! se verrá cedo?

Se vistes meu amado,
por que ei gram cuidado?
E, aí Deus! se verrá cedo?

*Ondas del mar de Vigo,
¿habéis visto a mi amigo?
Ay, Dios, ¿verá pronto?*

*Ondas del mar levado,
¿habéis visto a mi amado?
Ay, Dios, ¿verá pronto?*

*¿Habéis visto a mi amigo,
aquel por quien yo suspiro?
Ay, Dios, ¿verá pronto?*

*¿Habéis visto a mi amado,
por quien siento gran cuidado?
Ay, Dios, ¿verá pronto?*

(CANÓNIMO, SIGLO XIII)

[...] Dicen que por saber qué hacen los pescados,
cómo vivían los chicos entre los más granados,
en gran cuba de vidrio con bordes bien cerrados,
metióse Alejandro con dos de sus criados.

Fueron, éstos buscados de entre aquellos mejores,
que no tuviesen tacha de malvados traidores,
así el Rey dispondría de buenos guardadores,
y contra él nada harían malos revolvedores.

Con buen betún la cuba fue calafateada,
y con buenas cadenas sujeta y amarrada,
con fuertes ligaduras a las naves atada;
para que no se hundiese quedó de ellas colgada.

Mandó que lo dejasen quince días estar,
que las naves con todo comenzasen a andar;
mientras tanto, podría saber y meditar,
y poner por escrito los secretos del mar

Sumergieron la cuba en donde el Rey yacía:
a los unos pesaba, a los otros placía;
bien creían algunos que de allí no saldría,
mas convencido estaba que en mar no moriría.

Andaba el buen rey en su casa cerrada
—¡gran corazón estaba en angosta posada!—,
toda la mar veía de pescados poblada,
no hay bestia en el mundo que allí no fuese
[hallada.

No vive en el mundo ninguna criatura
que no tenga en el mar parecida figura;
traen enemistades entre sí, por natura,
los fuertes a los flacos danles mala ventura.

Entonces vio el Rey en aquellas andadas
cómo tendían los unos a los otros celadas;
decía que allí había presas y engañadas,
tretas que también fueron en el mundo usadas.

Tanto allí, se acercaban al Rey los pescados
como si los tuviese con armas dominados;
llegaban a la cuba todos muy asustados,
temblando ante él como mozos mojados.

Juraba Alejandro, visto lo allí encontrado,
que nunca fue de hombres mejor acompañado;
de los pueblos del mar túvose por premiado,
y pensó que otro imperio había allí ganado.

Otra acción vio allí en esos pobladores:
notó como los grandes comían los menores,
los chicos a los grandes tenían por señores;
los fuertes maltrataban a todos los menores.

Dijo el Rey: »La Soberbia vive en todos lugares
es la razón de fuerza en la tierra y los mares.
Las aves eso mismo hacen con sus iguales.
¡Dios confunda ese vicio que hay en tantos lugares!



(PAREDES DE NAVA, VALENCIA, 1410-1479)

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Nuestra vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir;
allí van los señorios
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por su manos
y los ricos.

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de sedas,
la ejarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía,
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.



Muy graciosa es la doncella
¡como es bella y hermosa!

Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.


Digas tú, el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado o los valles o la sierra
es tan bella.



POEMAS DEL MAR

II

Siglos
XVI y XVII



FERNANDO DE HERRERA
MIGUEL DE CERVANTES
FRANCISCO DE MEDRANO
LUIS DE GÓNGORA
LOPE DE VEGA
JUAN DE ARGUIJO
FRANCISCO DE QUIVEDO
JUAN DE JÁUREGUI
GABRIEL ROCÁNGEL

Del mar las ondas quebrantarse vía
en las desnudas peñas, desde el puerto,
y en conflicto las naves, que el desierto
bóreas, bramando con furor, batía.

Cuando, gozoso de la suerte mía,
aunque afligido del naufragio cierto,
dije: «No cortaré del ponto incierto
jamás mi nave la temida vía».

Mas, ¡ay tristel, que apenas se presenta
de mí fingido bien una esperanza,
cuando las velas tiendo sin recelo;

vuelo cual rayo, y súbita tormenta
me niega la salud y la bonanza,
y en negra sombra cubre todo el cielo.

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino, aunque no usado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra, única y rara.

En Scilas, ni en Caribdis no repara,
ni es peligro que el mar tenga encubierto,
siguiendo su derrota al descubierta,
que limpia honestidad su curso para.

Con todo, si os faltare la esperanza
de llegar a este puerto, no por eso
giréis las velas, que será simpleza:

que es enemigo amor de la mudanza,
y nunca tuvo próspero suceso
el que no se quilata en la firmeza.

No siempre fiero el mar zahonda el barco,
ni acosa el galgo a la medrosa liebre,
ni sin que ella afloje o él se quiebre,
la cuerda siempre trae violento al arco.

Lo que es rastrojos hoy, ayer fue charco,
frío dos horas antes lo que es fiebre;
tal vez al yugo el buey, tal al pesebre,
y no siempre severo está Aristarco.

Todo es mudanza, y de mudanza vive
cuanto en el mar aumento de la luna,
y en la tierra, del sol, vida recibe.

Y sólo yo, sin que haya brisa alguna
con que del gozo al dulce puerto arribe,
prosigo el llanto que empecé en la cuna.

Amarrado al duro banco
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena:
«¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!,
pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,
tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por su letras;

porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
a mis demanda respuesta;
que bien puedes, si es verdad,
que las aguas tiene lengua;
pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser,
pues yo vivo en su ausencia;
pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella
siempre al remo condenado,
a nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
de la Religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

¡Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas, desvelada,
y entre las olas sola!

¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?,
que no hay deseos cuerdos
con esperanza locas.

Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.

Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.

Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
nafragio de las honras.

Cuando por las riberas
andaban costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.

Segura navegabas;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni es estima la perla
hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
de las que van y toman,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas, cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
que presumir de nave
fortunas ocasiona [...]

(SEVILLA, 1560-1623)

Otras dos veces del furioso Noto
probé las iras en el mar turbado,
y no volver jamás a tal estado,
arrepentido, prometí y devoto.

De la deshecha jarcia y leño roto
di los despojos al altar sagrado,
y apenas pisé el puerto deseado,
cuando olvidé el peligro y rompí el voto.

Y ahora, que continua y fiera lucha,
mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
y sus enojos aplacar porfío,

mis sordas voces sin piedad escucha
el justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
cuán tarde llegas al remedio mío!

Yo ví del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se oscurece
el cielo con tiniebla de horror llena.

El austro proceloso airado suena,
crece su furia, la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo y con espanto truena;

mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y a su luz primera
restituirse alegre el claro día,

y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
igual mudanza a la fortuna mía?



¿Dónde vas, ignorante navecilla,
que, olvidando que fuiste un tiempo haya,
aborreces la arena desta orilla,
donde te vio con ramos esta playa,
y el mar también, que amenazarla osa,
si no más rica, menos peligrosa?

Si fiada en el aire, con él vuelas,
y a las iras del piélago te arrojas,
temo que desconozca por las velas
que fuiste tú la que movió con hojas:
que es diferente ser estorbo al viento
de servirle en la selva de instrumento.

¿Qué codicia te da reino inconstante,
siendo mejor ser árbol que madero,
y dar sombra en el monte al caminante,
que escarmiento en el agua al marinero?
Mira que a cuantas olas hoy te entregas
les das sobre ti imperio, si navegas.

¿No ves lo que te dicen esos leños,
vistiendo de escarmientos las arenas,
y aun en ellas los huesos de sus dueños,
que muertos alcanzaron tierra apenas?
¿Por qué truecas las aves en pilotos
y el canto de ellas en sus roncós votos?

¡Oh qué de miedos te apareja airado
con su espada Orión!, y en sus centellas
más veces te dará el cielo nublado
temores que no luz con las estrellas;
Aprenderás a arrepentirte en vano,
hecha juego en el mar furioso y cano.

¡Qué pesos te previene tan extraños
la codicia del bárbaro avariento!
¡Cuánto sudor te queda en largos años!
¡Cuánto que obedecer al agua y viento!
Y al fin te verá tal la tierra luego,
que te desprecie por sustento el fuego.

Tú, cuando mucho, a robos de milano
en tiernos pollos hecha, peregrina,
y esclava de un pirata o de un tirano,
te harás del rayo de Sicilia dina;
y más presto que piensas, si te alejas,
el puerto buscarás, que ahora dejas.

¡Oh qué de veces, rota, en las honduras
del alto mar, ajena de firmeza,
has de echar menos tus raíces duras
y del monte la rústica aspereza!
Y con la lluvia te verás de suerte
que en lo que te dio vida temas muerte.



No envidies a los peces sus moradas;
mira el seno del mar enriquecido
de tesoros y joyas, heredadas
del codicioso mercader perdido:
más vale ser sagaz de temerosa,
que verte arrepentida de animosa.

Agradécele a Dios, con retirarte,
que aprisionó los golfos y el tridente
para que no saliesen a buscarte;
no seas quien le obligue, inobediente,
a que nos encarcele en sus extremos,
porque, pues no nos buscan, los dejemos.

No aguardes que naufragios acrediten,
a costa de tus jarcias mis razones;
deja que en paz sus campos los habiten
los nadadores mudos, los tritones:
mas si de navegar estás resuelta,
ya te prevengo llantos a tu vuelta.

Este bajel inútil, seco y roto,
tan despreciado ya del agua y viento,
vio indiferente el vasto movimiento
del proceloso mar, del Euro y Noto.

Soberbio al golfo, humilde a su piloto,
y del rico metal siempre sediento,
trajo sus minas al ibero asiento,
habidas en el índice remoto.

Ausente yace de la selva cara,
do el verde ornato conservar pudiera,
mejor que pudo cargas de tesoro.

Así quien sigue la codicia avara,
tal vez mezquino muere en extranjera
provincia, falto de consuelo y oro.



Ya falta el sol, que quieto el mar y el cielo
niegan unidos la distante arena:
un ave de metal el aire estrena,
que vuelo en voz cuando se niega en vuelo.

Hijo infeliz del africano suelo
es, que hurtado al rigor de la cadena,
hoy música traición hace a su pena
(si pena puede haber donde hay consuelo).

Suene tu voz (menos que yo), forzado,
pues tu clarín es sucesor del remo
y alternas el gemido con el canto.

Mientras yo al mar de Venus condenado,
de un extremo de amor paso a otros extremo,
y, porque alivia, aún se me niega el llanto.

**POEMAS
DEL MAR**

III

**Siglos
XVIII y XIX**





JOSÉ CADALSO
JOSÉ DE ESPRONCEDA
JACINTO DE SALAS Y QUIROGA
CERTRUDIS GÓMEZ DE AVILLANEDA
CAROLINA CORONADO
ANTONIO HURTADO
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
ROSALÍA DE CASTRO
EVARISTO SELIÓ
SALVADOR RUEDA
RUBÉN DARÍO
MIGUEL DE LINAMUNO

Ya deja Ortelio la paterna casa,
ya le recibes, navecilla humilde,
ya queda lejos la jamás domada
[cántabra gente.

Nave que llevas tan amable vida,
céfiro grato llévete sereno,
hasta que pongas a la amiga costa
[áncora firme.

Alce Neptuno el húmido tridente,
abra las ondas para darte paso,
salgan en coros ninfas y tritones
[para guiarte.

Ni toques costa, ni movable arena,
ni sople hinchado contra tu velamen,
gúmena y jarcia, desde el alto polo
[hórrido norte.

Las naves altas de cañón tremendo,
con la bandera del amado Carlos,
no te abandonen al atroz pirata
[que África cría.

Ni temas golpes de la suerte aleve.
Yo pido al cielo para ti bonanza,
y al que le ruega por su dulce amigo,
[Júpiter oye.



Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín.
Bajel pirata que llaman,
por su bravura, el Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y va el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul:

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones

cien naciones
a mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo aquí tengo por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

A la voz de «¡barco viene!»
es de ver



cómo vira y se previene
a todo trapo escapar;
Que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.
Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,

como un bravo,
sacudí.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

Son mi música mejor
aquilones,
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.»*

Así bramaba el trueno de venganza,
y asimismo la brisa tempestuosa
silbaba entre las vergas del navío;
ya el marino, burlado en su esperanza,
da un recuerdo a su patria y a su esposa,
y a la vista del puerto pierde el brío.

Y la mar inclemente crece y crece,
y crece sin cesar y se levanta;
un hombre entre las olas desaparece,
y el que le ve ni tiembla ni se espanta.

Que el pavor también tiene su barrera,
y si la copa es llena de amargura,
el mortal sin temblar la considera,
la agarra sin temor y así la apura.

Lo mismo que sin gozo apuraría
la copa del placer o de la gloria.
¡Ah! ¿Por qué muere el héroe en solo un día
sin legar ni una página a la historia?

¿Y por qué el genio altivo del poeta
remonta, cual el águila, en su vuelo,
y al escuchar la voz que le interpreta
rueda, cubierto en polvo, desde el cielo?

¡Ah! Yo lo sé; mi mente que altanera
gloria soñó, soberbia lo adivina.
¿Si el mortal sus deseos conociera!
Caprichoso querer, ¿quién te domina?

La divisa del hombre es la inconstancia;
del hombre que desea y más desea,
y sueña y sueña aún con arrogancia,
y contra su querer jamás pelea.

Y si una vez al gusto da alimento,
de nuevo ve brotar, en mies eterna,
con empeño fatal, querer violento
que le humilla altanero y le gobierna.

¡Mortales! ¿qué querer no os avasalla
lo mismo que la rama de la encina
al son de tempestad, que gime, estalla,
temblando su cabeza al suelo inclina?

Yo también, en mi vago pensamiento,
soñé que la tormenta pasaría,
y cuando el mar bramaba, yo contento,
«valor, oh marineros», repetía.

Y mi voz que luchaba con el trueno
el espanto llevaba a cada parte.
«A la muerte, marino, te condeno,
si no tienes valor para salvarte».

Fue escuchada mi voz, que ya se agita
el brazo ennegrecido, y forcejea
con el mar que se eleva y precipita
cual un brazo de hierro en la pelea.

¡Perla del mar! ¡Estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela...
el ancla se alza... el buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela.

Aquí tu barca está sobre la arena;
desierta miro la extensión marina;
te llamo sin cesar con tu bocina,
y no pareces a calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola,
aguardando a mi amado noche y día;
llega a mis pies la espuma de la ola,
y huye otra vez, cual la esperanza mía.

¡Blanca y ligera espuma transparente,
ilusión, esperanza, desvarío,
como hielas mis pies con tu rocío
el desencanto hiel a nuestra mente!

Tampoco es en el mar adonde él mora;
ni en la tierra ni en el mar mi amor existe.
¡Ay!, dime si en la tierra te escondiste,
o si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
que yo te quiero ver, que yo te llamo,
sólo para decirte que te amo,
que eres siempre el amor de mis amores

(CÁDIZES, 1825-1875)

Con buen aire van bogando
de Hernán Cortés los navíos,
y los mares con asombro
les abren fácil camino,
que planta más poderosa
jamás doblégó su brío.
A los rayos que iluminan
tanta gala y tanto hechizo,
parece un ramo de flores
aquel mundo desprendido,
y el mar que lo reverbera,
ancho fanal cristalino.
Flámulas y gallardetes
vuelan del viento al capricho,
desvaneciendo la vista
con sus revueltas y giros.
¿Qué es mirar sobre cubierta
tal apresto y atavío,
tanta cinta revolando,
tanto lazo mal prendido?
¿Qué es ver relucir al lejos
tanto sombrero adornado
con plumajes y cintillos?
¿Qué es mirar tanto valiente
de bigote retorcido,
caminando a la ventura
y entregados al destino?

[...]

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arreatado entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llebadme por piedad a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria.
¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

Del mar azul las transparentes olas
mientras blandas murmuran
sobre la arena, hasta mis pies rodando,
tentadoras me besan y me buscan.

Inquietas lamen de mi planta el borde,
lánzanme airosas su nevada espuma,
y pienso que me llaman, que me atraen
hacia sus salas húmedas.

Mas cuando ansiosa quiero
seguirlas por la líquida llanura,
se hunde mi pie en la linfa transparente
y ellas de mí se burlan.
Y huyen abandonándome en la playa
a la terrena, inacabable lucha,
como en las tristes playas de la vida
me abandonó inconstante la fortuna.

Sedientas las arenas, en la playa
sienten del sol los besos abrasados,
y no lejos, las ondas, siempre frescas,
ruedan pausadamente murmurando.
Pobres arenas, de mi suerte imagen:
no sé lo que me pasa al contemplaros,
pues como yo sufrís, secas y mudas,
el suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe?... Acaso luzca un día
en que, salvando misteriosos límites,
avance el mar y hasta vosotras llegue
a apagar vuestra sed inextinguible.
¡Y quién sabe también si tras de tantos
siglos de ansias y anhelos imposibles,
saciará al fin su sed el alma ardiente
donde beben su amor los serafines!



Oscuro está el cielo, oscuro está el monte,
 las cumbres velando, y el rojo horizonte,
 despliega la sombra su lúbrigo tul;
 y allá, entre las nubes, incierta derrama
 en trémulos rayos su pálida llama
 la luna que argenta la bóveda azul.

El calma sombría
 los mares están,
 y allá va una nave:
 ¿quién sabe dó va?
 ¡Ay, triste el que fía
 del viento y la mar!

Ya cruce las olas dormidas del lago,
 ya el ancha llanura del piélagos vago,
 que a veces en calma fátidica está,
 sin faro en la noche, ni rumbo a lo cierto,
 la nave en que el mundo se aleja del puerto,
 ¿quién sabe do buga? ¿quién sabe do va?
 Al soplo navega de varia fortuna
 por mar que el sepulcro separa y la cuna,
 y en su hórrido seno do impera a coro,
 bogad do la dicha se compra con oro,
 do reina la gloria, do vive el amor!»

Y allá va la nave:
 ¿quién sabe dó va?
 ¡Ay, triste el que fía
 del viento y la mar!

Espuma es el rastro, la efímera estela,
 y el viento violento, que agita la vela,
 la envuelve en las ondas movidas por él;
 y allá, do la vista del hombre no alcanza,
 edenes simula falaz la esperanza,
 y a rocas desiertas arriba el bajel.
 En pos de la nave tinieblas y olvido;
 la angustia en su seno, con rumbo torcido
 de incógnitas leyes al fiero rigor,
 tal vez en los mares que surca al acaso,
 mañana, la bruma rasgando a su paso,
 do busca la dicha, contemple el dolor.

Y allá va la nave:
 ¿quién sabe dó va?
 ¡Ay, triste el que fía
 del viento y la mar!

Y yo también bogo sin faro mi guía,
 buscando en la extensa llanura sombría
 el puerto que un día mi mente soñó,
 y en vano pregunto con pena tan grave
 a dónde navego, que nadie aquí sabe
 a dónde en mi nave mañana iré yo.
 Viviente lumbrera que allá en las alturas,
 con férvidas llama perenne fulguras,
 y a playas oscuras nos miras bogar,
 o inflma la nave, o ve la agonía
 del hombre que boga sin faro ni guía,
 ¡del triste que fía del viento y la mar!



Ya acudes a tu cita misteriosa
con el inquieto mar, luna constante,
y asoma por las playas de Levante,
hostia de luz, tu cara milagrosa.

En la onda azul, cual nacarada rosa,
se abre tu seno con pasión de amante
y dibuja un reguero rutilante
tu pie sobre la espuma en que se posa.

El agua, como un tálamo amoroso,
te ofrece sus cristales movedizos
donde tiendes tu cuerpo luminoso.

Y al ostentar desnuda tus hechizos,
el mar, con un abrazo tembloroso,
te envuelve en haz de onduladores rizos...

Riberas desde Nerja hasta Estepona
costas que encierran mi niñez, mi vida;
¡con qué esplendor en vuestra mar bruñida
destrenza el sol la luz de su corona!

Un himno grande nuestra tierra entona
que recogí en el alma estremecida
viendo el tumbo del agua sacudida
que en las peñas sus lirios desmorona.

Todo es en ti soberbio, patria amante;
sobre tu costa, el cielo rutilante
de luz se ornó más puro y más bendito.

Y las ondas que elevas y desmayas
cantan a Dios rodando por las playas
como un tropel de lenguas infinito.



(METAPA, NICARAGUA, 1887-1916)

Mar armonioso,
 mar maravilloso,
 tu salada fragancia,
 tus colores y músicas sonoras
 me dan la sensación divina de mi infancia,
 en que suaves las horas
 venían en un paso de danza reposada
 a dejarme un ensueño o regalo de hada.

Mar armonioso,
 mar maravilloso,
 de arcadas de diamante que se rompen en vuelos
 rítmicos que denuncian algún ímpetu oculto,
 espejo de mis vagas ciudades de los cielos,
 blanco y azul tumulto
 de donde brota un canto
 inextinguible,
 mar paternal, mar santo,
 mi alma siente la influencia de tu alma invisible.

Velas de los Colones
 y velas de los Vascos,
 hostigadas por odios de ciclones
 ante la hostilidad de los peñascos;
 o galeras de oro,
 velas purpúreas de hajeles
 que saludaron el mugir del toro
 celeste, con Europa sobre el lomo
 que salpicaba la revuelta espuma.

Magnífico y sonoro
 se oye en las aguas como
 un tropel de tropeles,
 ¡tropel de tropeles de tritones!

Brazos salen de la onda, suenan vagas canciones,
 brillan piedras preciosas,
 mientras en las revueltas extensiones
 Venus y el Sol hacen nacer mil rosas.



¿Cuál de vosotras, olas de consuelo
que rodando venís desde la raya
celestial y surcando con la laya
espumosa a la mar el leve suelo;

¿Cuál de vosotras que aviváis mi anhelo
Viento del fiero golfo de Vizcaya?
¿Cuál de vosotras con su lengua ensaya
cantos que fueron mi primer desvelo?

¿Sois acaso sirenas o delfines,
a brizar mi recuerdo estremecido
que de la mar se ahoga en los confines?

¿Cuál de vosotras, olas del olvido,
trae acá los zorcicos danzarines
de los regatos de mi dulce nido?

POEMAS DEL MAR

IV

Siglos
XX y XXI





ANTONIO MACHADO
FRANCISCO VILLAESPESA
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
JOSÉ DEL RÍO
TOMÁS MORALES
ALFONSINA STORNI
GABRIELA MISTRAL
JOSÉ MARÍA PEMÁN
FEDERICO GARCÍA LORCA
EMILIO PRADOS
RAFAEL ALBERTI
FERNANDO VILLALÓN
EUGENIO FLORIT
JOSÉ MARÍA HINOJOSA
PABLO NERUDA
JULIO MARISCAL MONTES
FERNANDO QUIÑONES
PILAR PAZ PASAMAR
FERNANDO DEL PÁSO
ANTONIO CONTE
AURORA LUIQUE

Palpita un mar de acero de olas grises
dentro los toscos murallones roídos
del puerto viejo. Sopla el viento norte
y riza el mar. El triste mar arrulla
una ilusión amarga con sus olas grises.
El viento norte riza el mar, y el mar azota
el murallón del puerto.
Cierra la tarde el horizonte
anubarrado. Sobre el mar de acero
hay un cielo de plomo.
El rojo bergantín es un fantasma
sangriento, sobre el mar, que el mar sacude...
Lúgubre zumba el viento norte y silba triste
en la agria lira de las jarcias secas.
El rojo bergantín es un fantasma
que el viento agita y mece el mar rizado,
el fosco mar rizado de olas grises.



Escucha cuando estés entristecido,
en el silencio de tus noches solas,
estas maravillosas caracolas
que de remotas playas he traído.

Y oirás, entre el tumulto de las olas,
cantar a las sirenas en tu oído:
¡Ni bálsamos ni jugos de amapolas
producen un tan inefable olvido!

Te irán adormeciendo sus canciones
soñando con nereidas y tritones...
Y si algún día tu soñar despierta,

en la playa verás, bajo una palma,
la desnudez de una sirena muerta,
¡de la sirena que murió en tu alma.

La brújula se inquieta por su largo descanso;
su inquietud multiplica los puntos cardinales
y muestra al marinero en su oráculo falso,
el balcón y la rosa, final de su viaje.

Toda la noche cuelga como un gran mapa negro.
El cartón de la luna gira su blanca esfera
y en ella busca el barco con su largo puntero
el puerto más cercano y el agua más serena.

Otro barco en mi pecho su movimiento imita,
—¡doble siempre mi alma en su imagen
dispersa!—
sus barandas arregla para la despedida
y tu timón prepara para el alba que espera.



(MUGUER, HUELVA, 1881-1958)

En ti estás todo, mar, y sin embargo,
¡qué sin ti estás, qué solo,
qué lejos, siempre, de ti mismo!

Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente,
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen,
besándose, apartándose,
con un eterno conocerse,
mar, y desconocerse.

Eres tú, y no lo sabes,
tu corazón te late y no lo sientes...
¡Qué plenitud de soledad, mar solo!

Tu cuerpo: celos del cielo.
Mi alma: celos del mar.
—Piensa mi alma otro cielo.
Tu cuerpo sueña otro mar—.

(SANTANDER, 1884-1964)

¡Salta escota de foques! ¡Acuartela
la botavara!..., grita el capitán;
se oye chirriar de cabos, y la vela
se hincha al soplo del rápido huracán.

Hay momentos de trágica zozobra;
el buque retrocede ante el ciclón,
mas decide eficaz la maniobra
un golpe decisivo del timón.

Pasó el instante del peligro grave
y en la agitada inmensidad, la nave
ágil salta lo mismo que una corza...

Y el capitán sonríe satisfecho
y un hurra larga cuando el buque orza
entre el empuje del turbión deshecho.



Ha llegado una escuadra: anochecido
buscó refugio al Sur de la bocana
y a la ciudad entera ha sorprendido,
surca en el antepuerto, esta mañana.

Seis unidades de combate forman
la división, y sus guerreras trazas
sobre el ambiente mate se uniforman
con el esmalte gris de sus corazas.

Por toda la ciudad ha trascendido
la noticia, y el ánimo despierto,
por toda la ciudad se vio invadido,
en un afán de novedad, el puerto.

¡Helos allí! Con sus recién pintadas
carenas y sus fúlgidos metales,
torreados de cofas artilladas:
graves de orgullo y de vigor navales.

Y acusan sus severas proporciones
en son de paz, una agresión latente...
Desde las explanadas y espigones
Ins curioseas, a su sabor, la gente...

Más lejos, los de tipo acorazado;
ya en bahía, las fuerzas de crucero;
y junto al farallón, pulimentado
como un juguete lindo, un torpedero...

Brega por las cubiertas e imbornales,
en fajina, la tropa marinera;
y pasan los imberbes oficiales
con los gemelos a la bandolera.

Y pasma la premura diligente
con que ejecuta el atinado coro
las órdenes que mandan desde el puente
los comandantes de silbato de oro.

Todo está listo. Cesa el ajetreo.
Los artilleros guardan avizores.
Todo es prestigio, precisión y aseo
bajo los emblemáticos colores!

Y en tanto que las nubes se serenan
y la mañana perezosa avanza;
a intervalos iguales, lentos, truenan
los veintidós cañonazos de ordenanza.



En el fondo del mar
hay una casa de
cristal.

A una avenida
de madreporas
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través de cristal.

En el bosque verde
que me circunda
—din don... din dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.



El mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.
El viento errabundo en la noche
mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.
Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

¡ Ay, que dolor!
Aquel niño marinero,
moreno de brisa y sol,
aquel niño marinero
y a ratos mariscador,
aquel niño -¡ay, que dolor!-...
me lo apuntó la otra tarde.
señor alcalde mayor,
un mal guardia en su libreta.

¡ Todo porque se bañó,
la otra tarde -¡ay, que dolor!-...
en aguas de la Caleta
desnuditito como un dios!

De Cádiz a Gibraltar
¡qué buen caminito!
El mar conoce mi paso
por los suspiros.

¡Ay muchacha, muchacha,
cuánto barco en el puerto de Málaga!

De Cádiz a Sevilla
¡cuántos limoncitos!
El limonar me conoce
por los suspiros.

¡Ay muchacha, muchacha,
cuánto barco en el puerto de Málaga!

De Sevilla a Carmona
no hay un solo cuchillo.
La media luna, corta,
y el aire, pasa, herido.

¡Ay muchacho, muchacho,
que las olas me llevan mi caballo!

Por las salinas muertas
yo te olvidé, amor mío.
El que quiera un corazón
que pregunte por mi olvido.

¡Ay muchacho, muchacho,
que las olas se llevan mi caballo!

Cádiz, que te cubre el mar,
no avances por ese sitio.
Sevilla, ponte de pie
para no ahogarte en el río.

¡Ay muchacha!
¡Ay muchacho!
¡Qué buen caminito!
Cuánto barco en el puerto
y en la playa ¡qué frío!



(MALACCA, 1899-1962)

El marinero bebe la rosa de los vientos
 en cristal de bandeja y luna clara.
 En pie sobre sus anclas el barco soñoliento,
 devana sus cadenas y peina sus amarras.

Enhebrada se queda la aguja del viaje,
 junto a la carta azul, el compás y la lente;
 mientras que el capitán, entre dos blancos mares,
 —ágil nadador joven—limpia espuma desteje.

Sobre su frente, el atlas abre su mariposa,
 y en el papel, el barco juega a flores distantes,
 trazando itinerarios entre las planas olas,
 que el pincel del ensueño tiñe con falso esmalte.

Fuera del camarote: la cubierta dormida
 mecido a sus naranjas, entre miedo y tristeza.
 Por las calles del puerto, aún las luces oscilan
 y en los bares lejanos las voces cabecean.

Una estrella derrama su haraja de oro.
 En la mesa del agua juega el pez y el reflejo.
 La campana acaricia el silencio que ha roto
 y cubre sus heridas con su blanco pañuelo.

Las anclas justifican el molde de su ausencia
 aún sujetas al suelo entre rosas profundas.
 La enmohecida hélice sus pétalos ordena
 y la máquina fiel su corazón ajusta.

Homme libre, toujours tu chériras la mer!
Ch. Baudelaire.

Sobre tu nave –un plinto verde de algas
[marinas,
de moluscos, de conchas, de esmeralda estelar–,
capitán de los vientos y de las golondrinas,
fuiste condecorado por un golpe de mar.

Por ti los litorales de frentes serpentina,
desenrollan al paso de tu arado un cantar:
–Marinero, hombre libre, que las mares
[declinas,
dinos los radiogramas de tu estrella Polar.

Buen marinero, hijo de los llantos del norte,
limón del mediodía, bandera de la corte
espumosa del agua, cazador de sirenas;

todos los litorales amarrados del mundo
pedimos que nos laves en el surco profundo
de tu nave, a la mar, rotas nuestras cadenas.

Bajé hasta el mar, y el mar que yo quería
fue en vez del mar azul el de la pena,
triste la espuma, gélida la arena
de una playa que el viento deshacía.

Oh ansiado mar, o mar que fue tan mía,
tan libre ayer, tan rota de cadena,
¿por qué, mar, hoy mi cárcel, mi condena,
la muerte a la que tanto yo temía?

Irme de ti no será traicionarte,
mar mío, pues no puedo ni mirarte
sin verme y sin sentirte un mar de llanto.

Adiós. Me voy. Perdona mi partida.
Vuelvo a la tierra en donde está la vida
de un marinero que perdió su canto.

(SEVILLA, 1881-1930)

Ponle banderas al viento,
velas blancas a la aurora,
brújula a los elementos.

Le he puesto en la proa Gloria
a la barquita de nácar
en donde boga mi novia.

Tiene mi barca los remos
de la mismita madera
que tengo los sentimientos.

Bajos de Salmedina.
Bajo de Guía.
Salinas de Sanlúcar,
la patria mía.

A la costa del moro
me voy a pescar,
si salta Levante,
tu sabes rezar.

No volver a soñar más que en lo mismo
para tejer el hilo de los tiempos
que tal vez fueron milagrosos.
O, acaso no existieron,
sino en la mente de quien los pensó.

Ese arrullo que escuchas
no es el del mar de entonces;
aquel calló con las ausencias,
o bien se hundió lejano
y se perdió en la espuma de otros mares.

No son los mismos, nunca.
Cada uno se acerca a sus orillas,
diversos todos, todos únicos
en el rozar del agua con su tierra;
y cada tierra con su mar se duerme
o al levantar el sol con él se alza.

Pero distintas, diferentes,
las tierras lejos, las de cerca,
tienen su propio mar que las arrulla
y con diverso palpito respiran.

Como es otra la música
que en su bajar nos llega
del infinito mar de las constelaciones.

Y así vamos de mares y de orillas
al límite final que nos espera.

(MADRID, 1903-2000)



Bogaba por alta mar
un marinero en su barca,
velas eran sus deseos,
y su pensamiento, el viento.

Si yo fuera marinero
sólo tendría en mi pecho
una hélice y un remo.

Como marinero no soy,
cuando me embarque en el mar
sólo llevaré el recuerdo
del ritmo de los remeros.

Yo solo me embarqué,
Adónde llegaré?

Si el globo se perdiera,
Caería, en qué tierra?

Si el barco naufragara,
Me hundiría, en qué agua?

Yo solo me embarqué,
Nadie sabe porqué.

¡Pero yo sí lo sé!

Quedó la noche vacía
y no obstante estaba llena
de siluetas y misterios.

Fuimos palpando en su frente
todos nuestros pensamientos.

Quedó la noche vacía
aún con los barcos del puerto,
¿de dónde será este barco
y quiénes sus marineros?

Quedó la noche vacía,
¿y dónde irá este velero?
¿qué mares desgarrará,
y qué vientos?

El mar crujía la luz
del faro, en el antepuerto.

Cogidas de las cinturas
que sus ritmos habían hecho,
las canciones marineras
iban recorriendo el puerto,
salían por alta mar
entre las olas de viento.

Quedó la noche vacía
de cantos de marineros.



(PARRAL, CHILE, 1954-1973)

Aquí en la isla
 el mar
 y cuánto mar
 se sale de sí mismo
 a cada rato,
 dice que sí, que no,
 que no, que no, que no,
 dice que sí, en azul,
 en espuma, en galope,
 dice que no, que no.
 No puede estarse quieto,
 me llamo mar repite
 pegando en una piedra
 sin lograr convencerla,
 entonces
 con siete lenguas verdes
 de siete perrus verdes,
 de siete tigres verdes,
 de siete mares verdes,
 la recorre, la besa,
 la humedete
 y se golpea el pecho
 repitiendo su nombre.
 Oh mar, así te llamas,
 oh camarada océano,
 no pierdas tiempo y agua,

no te sacudas tanto,
 ayúdanos,
 somos los pequeñitos
 pescadores,
 los hombres de la orilla,
 tenemos frío y hambre,
 eres nuestro enemigo,
 no golpees tan fuerte,
 no grites de ese modo,
 abre tu caja verde
 y déjanos a todos
 en las manos
 tu regalo de plata:
 el pez de cada día.
 Aquí en cada casa
 lo queremos
 y aunque sea de plata,
 de cristal o de luna,
 nació para las pobres
 cocinas de la tierra.
 No lo guardes,
 avaro,
 corriendo frío como
 relámpago mojado
 debajo de tus olas.

[...]



Chinita del palanquín,
niña de marfiles fríos;
tu carita de limón
para mis manos de trigo.

En un sampán de bambúes
me embarcaría contigo;
tres mandarines remeros,
con dedos de azul marino
pintarían de dragones
la quilla de mi navío.
Zarparíamos un alba,
amor, por el cielo limpio.
Todos los puertos de China,
y el nuestro en el infinito.

Mi última voluntad es la primera:
A vosotros, riberas, playas, río,
fangos amanecidos, limos madres
bajo el áspero trueno de los trenes nocturnos,
campanarios de Agosto, torres frente al Atlántico,
niñas solas, bajío y arrecife,
horizontes primeros, montes, marca
verdadera, vosotros soy,
a vosotros mi cuerpo cuando caiga, bahía,
puertos, rincón de ayer, cantil, secreta
máquina de mi paso por el mundo.



(CÁDIZ, JEREZ DE LA FRONTERA, 1933)

Mar amarilla y amarga,
yo bien me sé tu secreto:
atada estás para siempre,
de cara a los cuatro vientos.
Por ser tan grande, ya ves:
todo te viene pequeño.

Saca a subasta tus peces,
pon a tus tesoros precio,
vende el limo de tu fondo,
la espuma azul de tus pechos,
devuelve, mar amarilla,
la sal a los salineros,
escupe en la orilla antes
que lleguen a tu secreto...

Te miro desde la orilla
acurrucada, en acecho,
recitando de memoria
tu letanía y tu rezo...
Que no. Qué pena me das,
tan grande y tan sin contento...

Te pierdes lo que te pierdes
por avariciosa. Pero
—mar amarga y amarilla—
yo bien me sé tu secreto:
¡Qué darías por saber
lo que pasa tierra adentro!

No lo lamento, no, no me cohíbo;
escribo la palabra azul, la escribo

una y mil veces, y mil veces una:
azules son tus horas, tu fortuna,

azul es tu rencor, azul tu grito,
y azul es tu destino: el infinito.

De naufragios azules es tu historia
y de muertes azules tu memoria.

Azul que se abotaga y se agiganta
en la caverna azul de tu garganta.

Azul tu olvido, azul tu aprendizaje,
azul la majestad de tu follaje.

Azul es el sendero de la naves,
y azules son las sombras de la aves.

Azul es mi delirio, azul el vino
que bebo de tu pecho azul marino.

azules son tus ocios y venturas,
azules tus quietudes y lisuras.

Y tu furia es azul, oscura, agreste,
y tu mirada clara, azul celeste.

(MÉXICO D.F., 1935)



Viví en un puerto de tabernas grises,
barcos griegos, escuadra americana,
alameda de sol por la mañana
y prostitutas de ojos infelices.

Almendros, pescadores, cicatrices,
el mar con su canción republicana,
y mi pequeño corazón de aduana
viajando hacia el cristal de otros países.

Viví en el viejo muro de la tarde
que se disuelve en horizonte oscuro
como un lanchón de arena en plena tarde.

Y me quedé marítimo, inseguro,
junto a los muelles donde el puerto arde
con mi pequeño corazón, más puro.

Hay viajes que se suman al antiguo color de las
[pupilas.

Después de ver la isla de Calipso, ¿es que acaso
[Odiseo

volvió a mirar igual? ¿No se fijó un color
como un extraño cúmulo de algas
en sus pupilas viejas? Lo mismo que en los
pliegues

mínimos de la piel
se fosilizan besos y desdenes, así los ojos filtran
esa franja turquesa del mar que acuna islas,
medusas de amatista, blancura de navíos.

La piel es vertedero de memoria
lo mismo que el poema. Pero acaso unos ojos
extrañamente verdes de repente dibujan
empapados de luz
un boscoso archipiélago perdido.





POEMAS
DEL MAR

Índice



PRÓLOGO 7

SIGLOS XIII al XV

Martín Códax
Cantiga de amigo 13

Mester de Clerecía
Libro de Alexandre 14

Jorge Manrique
Copla por la muerte de su padre 16

Romancero Viejo
Romance del Infante Arnaldos 17

Gil Vicente
Cantiga 18

SIGLOS XVI al XVII

Fernando de Herrera
Del mar las ondas quebrantarse vía 21

Miguel de Cervantes
Mar sesgo, viento largo estrella clara... 22

Francisco de Medrano
No siempre fiero el mar... 23

Luis de Góngora
Amarrado al duro banco 24

Lope de Vega
Pobre barquilla mía 26

Juan de Arguijo	
Otras dos veces del furioso Noto	28
La tempestad y la calma	29
Francisco de Quevedo	
Exhortación a una nave nueva	30
Juan de Jáuregui	
A un navío destruzado	33
Gabriel Bocángel	
Oyendo en el mar, al anochecer	34
SIGLOS XVIII al XIX	
José Cadalso	
Oda sáfico-adónica	37
José de Espronceda	
La canción del pirata	38
Jacinto de Salas y Quiroga	
La tempestad	42
Gertrudis Gómez de Avellaneda	
Al partir	44
Carolina Coronado	
El amor de mis amores	45
Antonio Hurtado	
Romance de la Navegación	46
Gustavo Adolfo Bécquer	
Olas gigantes que os rompéis bramando	47
Rosalía de Castro	
Del mar azul las transparentes olas	48

Evaristo Silió	
La nave	50
Salvador Rueda	
Las bodas del mar	52
Rubén Darío	
Marina	54
Miguel de Unamuno	
Cuál de vosotras, olas de consuelo	56
SIGLO XX	
Antonio Machado	
El mar triste	59
Francisco Villaespesa	
Caracoles marinos	60
Juan Ramón Jiménez	
Soledad / Universo	62
José del Río	
Virar por delante	63
Tomás Morales	
Ha llegado una escuadra	64
Alfonsina Storni	
Yo en el fondo del mar	66
Gabriela Mistral	
Mediendo	68
José María Pemán	
La Caleta	69

Federico García Lorca Canción nocturna de los marineros andaluces	70
Emilio Prados Víspera	72
Rafael Alberti A un capitán de navío / Bajé hasta el mar	74 / 75
Fernando Villalón Canciones marineras	76
Eugenio Florit El mar de siempre	77
José María Hinojosa Canción / Elegía posible / Puerto	78 / 79
Pablo Neruda Oda al mar	80
Julio Mariscal Montes Escala	82
Fernando Quiñones Última voluntad	83
Pilar Paz Pasamar Secreto	84
Fernando del Paso La azul edad, la azuleidad del mar	85
Antonio Conte A la mar de junio	86
Aurora Luque Acuarela	87

POEMAS DEL MAR



Se terminó de imprimir esta obra
en El Puerto de Santa María
el 16 de julio de 2006,
día de la Virgen del Carmen,
Patrona de la gente del mar